



Ana Pizarro y la historia literaria latinoamericana

Israel Ramírez

Transculturaciones de la crítica literaria en Latinoamérica II. Resistencias y poéticas,
Ramón Alvarado Ruiz, Gustavo Osorio de Ita y Daniel Zavala Medina, coordinadores
México: Editora Nómada, 2022, 210 págs.

www.editoranomada.com

1. Crítica literaria en América Latina / 2. Estudios literarios latinoamericanos

ISBN (versión impresa): 978-607-8820-06-1

ISBN (versión digital):

DOI de la obra: <https://doi.org/10.47377/transcDos>

DOI del capítulo: https://doi.org/10.47377/transcDos_9

801.95

DSA



ANA PIZARRO Y LA HISTORIA LITERARIA LATINOAMERICANA

Ana Pizarro and Latin American Literary History

Israel Ramírez
Colegio de San Luis

Resumen

Este trabajo tiene por finalidad examinar los aportes que en el campo de la historiografía literaria realizó la estudiosa chilena Ana Pizarro. Para ello, se toma como eje su biografía intelectual y, a partir de ahí, se subraya cómo progresivamente Pizarro se aleja de una visión esteticista de la obra literaria y suma a su pensamiento postulados, temas y metodologías que hoy nos son comunes, pero que para las décadas de 1960 y 1970 eran de avanzada: la relación entre literatura y campo social; la integración de obras no canónicas en las discusiones críticas; la ampliación del concepto “literatura” al integrar producciones orales, textos populares y el reconocimiento de los valores literarios de los discursos en lenguas indígenas; el cuestionamiento en torno al territorio latinoamericano y las regiones que lo componen y, finalmente, el asumir el fenómeno literario como un proceso diacrónico y no como fruto del genio creador ni como una entidad autónoma. Si bien el trabajo gira en torno a los tres volúmenes de *América Latina: palabra literatura y cultura*, se acude también a lo expuesto en otras de sus investigaciones en torno al quehacer de la historiografía literaria y a la construcción de las historias de la literatura en Latinoamérica.

Palabras clave: Historia literaria, literatura como proceso, literatura latinoamericana.

Abstract

The purpose of this paper is to examine the contributions made by the Chilean academic Ana Pizarro in the field of literary historiography. For this purpose, it is taken as an axis her intellectual biography and, from there, it is emphasized how Pizarro progressively moves away from an aestheticist vision of the literary work and adds to her thought postulates, themes and methodologies that are common today, but that for the 1960s and 1970s were advanced: the relationship between literature and the social field; the integration of non-canonical works in critical discussions; the broadening of the concept of "literature" by integrating oral productions, popular texts and the recognition of the literary values of discourses in indigenous languages; the questioning of the Latin American territory and the regions that compose it and, finally, the assumption of the literary phenomenon as a diachronic process and not as the fruit of creative genius or as an autonomous entity. Although the work revolves around the three volumes of *Latin America: Word, Literature and Culture*, it also refers to what has been exposed in other research on the work of literary history and the construction of literary histories in Latin America.

Keywords: Literary history, literature as process, Latin American literature.

Ana Pizarro en el contexto de los estudios literarios del siglo XX en Latinoamérica

Teoría, crítica e historia literaria conforman el núcleo de los estudios literarios. Con el paso del tiempo, la centralidad de la crítica literaria, al asumir que el proceso interpretativo representa el fin último del trabajo lector y la emergencia de la teoría moderna en el siglo XX, así como una tendencia de historiografía literaria de cuño descriptivo o basada en el estudio de la *literatura central* (aparecida en revistas canónicas o editoriales bien posicionadas, escrita, de lengua europea, perteneciente a la metrópoli), heredaron una visión negativa del quehacer del historiador

literario que se extendió durante el siglo pasado. Sin embargo, explicar el estado de la historia literaria en el siglo XX a la luz de esta generalización resulta insostenible. Para el caso particular de la tradición literaria latinoamericana se debe entender que existen particularidades que complejizan el acercamiento al fenómeno. De la tradición positivista con que se realizaban los estudios de historia literaria en el siglo XIX en cada país a la visión crítica que surge en el siglo XX, existen discusiones en torno a la ruptura de las fronteras nacionales, al establecimiento de nuevas regiones que no se habían considerado, de periodos que no responden a una realidad europea, sino que se ajustan a los fenómenos culturales americanos, y, sobre todo, estará como centro de la discusión el cambio que experimenta la noción de lo literario hacia la década de 1960.

En este contexto es que la figura y los trabajos de Ana Pizarro (Chile, 1941) cobran una relevancia central por su interés en proponer nuevas metodologías al momento de discutir la historia literaria en territorio latinoamericano. El presente trabajo revisará la formación de esta intelectual chilena, así como la discusión que guió al postular la inclusión de “zonas culturales” no contempladas (como el caribe no hispano y la Amazonia) para ampliar la visión de la literatura que se produce en Latinoamérica, así como el giro que establece al dejar atrás las historias de la literatura que se limitaban a presentar listados de obras o hacer un catálogo de nombres y puntualizar que la literatura debe entenderse como un *proceso* continuo.¹ De igual forma, se pasará revista a algunas de sus obras para entender el modo en que plantea un acercamiento a las obras literarias que rebase el estatuto estético y se conecte con el cultural, así como a las implicaciones que dicho pensamiento tuvo en su momento (hacia finales del siglo XX) y cómo es que puede alimentar la discusión actual.

¹ “Sabemos que la historia literaria –como la historia en general– no es sino una opción: podemos hacer una historia de los hombres que hacen literatura –es la opción biográfica propia del siglo pasado ya en franco desuso–; podemos hacer la historia de movimientos literarios aisladamente, de corrientes, y hay trabajos notables en este sentido; podemos hacer una historia literaria dependiente de la historia política y es lo que entre nosotros ha rotulado a ciertas unidades: novela de la Revolución Mexicana, Literatura de la Independencia, etc. Al hacerla, más allá de las denominaciones que ya no son discutibles estamos sin embargo privilegiando la serie política sobre la literaria; podemos hacer una historia en tanto catálogo de obras y autores, podemos hacer historia de las líneas de fuerza que mueven a la literatura, podemos hacer historias nacionales o historias continentales. Toda opción tiene un sentido, una significación”. Ana Pizarro, “Problemas historiográficos de nuestras literaturas: discurso literario y modernidad”, en *Revista de Literaturas Modernas*, 1987, Anejo V, Tomo I, p. 70.

La historia de la literatura en el siglo XX

Los intelectuales construyen el relato de su biografía a partir de las redes intelectuales, las revistas en que publican, los grupos que animan y, por supuesto, las obras que escriben. Más allá de estos materiales están las entrevistas y las cartas, donde se revela con intimidad y en plena conciencia su autobiografía. En un seminario que llevó por título “El conocimiento como búsqueda”, Pizarro expuso de manera sintética cuáles fueron sus orígenes en el acercamiento a la literatura y cómo es que paulatinamente se interesó por la intersección de la política y la perspectiva social en las letras.² Ese seminario es al mismo tiempo una autobiografía y una declaración de principios; ahí expone en primer término tres rasgos que la caracterizan al momento de iniciar su trayectoria: ser mujer, ser joven y no haber nacido en la capital chilena; condicionantes que la situaban en una posición de desventaja, pero que a fuerza de un tesón incansable supo transformar para imprimir en sus trabajos una nueva mirada. Se reconoce desde ese entonces como una postura descentralizada y asume que la investigación –como producción de conocimiento– se entiende desde la posición que ocupa el sujeto que la lleva a cabo. Por eso mismo señala que los años cercanos a la década de 1960, cuando se concentran los discursos políticos latinoamericanos y se suceden la guerra de Argelia, la lucha por los derechos civiles de la comunidad negra en Estados Unidos, la guerra fría y la revolución cubana, marcan la transición de un pensamiento disciplinar literario hacia una postura crítica, descolonizadora y más abierta a las ciencias sociales.³ Durante ese periodo se da su primer viaje a Francia para cursar el doctorado. Ahí tomará cursos con Lucien Goldmann, y se graduará con la tesis *Huidobro et la France* (Université de Paris, 1968); sin embargo, será su segunda aventura intelectual la que a mi parecer detona (y aclara) el perfil de sus empresas posteriores.

² Centro de Estudios de Literatura Chilena (Celich), Facultad de Letras de la Universidad Católica de Chile, 26 de octubre de 2012. Consultado en: <https://youtu.be/UgYiiOtwYKY>. La información que consigno a continuación de su formación intelectual sigue las palabras que Pizarro expuso en este luminoso seminario.

³ Para entender la transformación de lo que sucede a partir de la década de 1960 en América Latina, recomiendo “Problemas historiográficos de nuestras literaturas: discurso literario y modernidad”, donde Pizarro expone, entre otras cosas, un acercamiento a la idea de modernidad. También remito a su trabajo: “Áreas culturales en la modernidad tardía” en el que desarrolla con profundidad el inicio de la “tardía modernidad latinoamericana” en esta década.

Si su estancia en Europa le permitió entrar en contacto con Jacques Leenhardt y, posteriormente, con la perspectiva comparatística que llega vía Rene Étiemble,⁴ así como empaparse de las discusiones emanadas desde África y vivir en carne propia su diferencia latinoamericana frente a la comunidad europea, el posterior regreso a Chile la hace descubrir la realidad de la oralidad mapuche, misma que le abre un mundo desconocido y que tendrá consecuencias radicales y palpables en su proceder investigativo, como reconocer que hay diversos sistemas literarios en los países, con sus propios mecanismos retóricos y procesos de creación y circulación. Estos antecedentes serán fundamentales para que, nuevamente desde Francia, arranque lo que será el proyecto historiográfico *América Latina: palabra, literatura y cultura*.

No hay que pasar por alto que durante el siglo XIX y principios del siglo XX, las historias literarias de las diferentes regiones americanas oscilaron entre personales modelos de recuperación del pasado o bien proyectos documentales y bibliográficos con ambiciones totales. En un caso, la selección de autores y obras que ingresaban al registro se justificó por la permanencia de los títulos en las discusiones intelectuales del momento, de tal manera que la historia literaria se entendía como parte natural de la tradición literaria (o como su equivalente). En el otro sentido, se optó por consignar de manera enciclopédica las obras publicadas a lo largo de los años sin discriminar su valor estético; bastaba con que se tuviera registro de su publicación para que ingresara a la historia literaria del país o región.

Si la crítica literaria implica una valoración subjetiva, la historia literaria pretende una objetividad en sus resultados, por ello con el paso del tiempo la historia literaria cayó en un descrédito al tiempo que la crítica literaria ganó terreno por el cuestionamiento del canon y al insertar obras y autores desconocidos, raros o poco conocidos en la discusión del momento. El historiador de la literatura debía conocer los patrones y criterios estéticos (culturales, sociales) de una época y aceptar sus pautas; lo anterior tuvo dos consecuencias, la primera fue aceptar que el sentido de la obra se hallaba cifrada en el pasado y en relación directa con la intención autoral. La segunda, que el historiador era aquel erudito conocedor de los secretos que mediaba entre la obra y el lector contemporáneo. En ambos casos, se dejaba de lado el papel del lector y cómo en

⁴ Puede verse también la entrevista de José Leandro Urbina, "Ana Pizarro: la reina del Amazonas", *Pléyade* 24, julio-diciembre de 2019, pp. 215-225.

sus interpretaciones se actualizaban los sentidos de las obras literarias y de qué manera mantienen relación unas con otras formando un proceso mayor en el que deben contemplarse los cambios que se dan con el correr del tiempo y las otras manifestaciones de la palabra que habían sido relegadas por considerarlas menores o populares.⁵

Mientras esos dos modelos de pensar la historia de la literatura a los que aludí prevalecieron, el foco de la discusión en las historias literarias se centró en cómo proceder para la selección de obras que se comentarían. Es decir, la discusión se situó en el terreno del “historiador de la literatura”, aunque todavía en un nivel muy general: o bien se comportaba como un bibliógrafo o se limitaba a consignar lo que en su trayectoria como “lector profesional” distinguía de entre todo lo publicado.⁶

Pasarían muchos años para que se reflexionara, desde el terreno propio de la obra, sobre cómo articular los ejes de la historia literaria. Tal como veremos más adelante, a partir de las preocupaciones del equipo de trabajo que articuló Ana Pizarro, la discusión de la historia literaria deja de lado el papel del historiador y partirá de las implicaciones de la obra literaria con toda la complejidad que en aquellas décadas se pudieron identificar. Ya no se preguntan si debe consignarse todo lo publicado, sino qué cambios experimenta el concepto de literatura con el paso del tiempo, cómo subsanar la ausencia de literatura no canónica en las historias previas, cómo entender los periodos históricos desde una perspectiva latinoamericanista y no europea y en qué medida se relacionan con lo social, qué regiones culturales se pueden identificar, más allá de las fronteras políticas de los países, por ejemplo.

La conformación de un equipo internacional, diverso y de enorme trayectoria, conlleva una de las primeras directrices de la propuesta de Pizarro. A ella le sigue el desbordamiento de la visión hispanoamericana que privaba en la historia literaria de la región e insertar el orbe brasileño

⁵ Parto de lo expuesto por René Wellek y Austin Warren en su *Teoría literaria* (Madrid, Gredos, 1985, pp. 47-56) para desarrollar estos aspectos. Añaden además que si sólo leemos lo que significó una obra para sus contemporáneos, empobrecemos los sentidos legítimos que en él han encontrado otras generaciones posteriores (véase p. 53).

⁶ En el caso de México, por ejemplo, estos dos patrones los encontramos en Luis G. Urbina y en Carlos González Peña. En *La vida literaria de México* (Madrid: Imprenta Sáez hermanos, 1917), Urbina procede en función de su gusto lector y su conocimiento al comentar las obras que elige en su libro, mientras Carlos González Peña en *Historia de la literatura mexicana* (México: Secretaría de Educación Pública, 1928) hace acopio del espíritu erudito para recopilar nombres y obras como si se tratase de un catálogo o prontuario de los libros publicados.

y el caribe francés, inglés y holandés, con lo cual se abre la puerta a la *historia literaria latinoamericana* de manera integrada y bajo una perspectiva de diálogo colectivo. En este proceso, Pizarro no caminará sola, lo hace junto a Antonio Cornejo Polar, Jean Franco, Beatriz Garza Cuarón, Rafael Gutiérrez Girardot, Jacques Leenhardt, Franco Meregalli, Domingo Miliani, Kenneth Ramchand, Roberto Schwarz, Mario Valdés y Antonio Cándido, cuya visión fue fundamental para ensanchar las discusiones culturales y lingüísticas.

Era el año '72 y Chile estaba de moda, sin duda, y luego, lo que yo planteaba abría un poco la noción corriente de literatura. Hay sistemas diferenciados, que fue lo que empecé a elaborar después; y estos sistemas diferenciados generan una totalidad que podemos llamar literatura, pues hay que reconocer que, en realidad, hay tipos de literaturas, o culturas que se expresan a través de sujetos diferentes, con públicos diferentes y con estéticas diferentes. (Entrevista con Leandro Urbina 218)

El contacto con ese otro sistema, el indígena, de una literatura no escrita, así como su cercanía con Étiemble serán la antesala conceptual del proyecto que se conoce en español como *América Latina: palabra, literatura y cultura*.⁷ Quince años de esfuerzo encabezado por una joven sudamericana, en un principio desde la Asociación Internacional de Comparatistas con sede en Europa, y que tendrá como resultado una obra fundamental para pensar la historia literaria en nuestro territorio. Es desde este contexto biográfico, teórico y metodológico que se puede entender la tensión que anima, por una parte, la tendencia comparatista del proyecto (cuyo filón proviene de las discusiones iniciales que se dieron en la asociación europea) y, por la otra, la perspectiva cultural y social que Pizarro se empeñó en darle.

Antes de comentar la naturaleza que anima esos tres volúmenes publicados originalmente en Brasil, entre 1993 y 1995, conviene reflexionar sobre los ejes que los articulan: la discusión en torno a los límites de las literaturas nacionales dentro de un proyecto que excede la frontera de los países que integran Latinoamérica; una visión que no reconoce la existencia de fenómenos aislados, sino de procesos en los que participan

⁷ Publicado de manera inicial en portugués en tres volúmenes. El primero corresponde a: *A situação colonial* (1993); el segundo se tituló *Emancipação do discurso* y salió a la luz en 1994; finalmente, el tercero, *Vanguardia e modernidade* se editó en 1995.

autores, obras, comunidades y la construcción de periodos como formas novedosas de acercamiento a la diversidad de fenómenos literarios que se han dado históricamente. En este sentido, la historia literaria que propone *América Latina: palabra, literatura y cultura* va a contrapelo de la tradición que marcó la primera mitad del siglo pasado, donde la perspectiva literaria era enfocada desde su raíz hispánica y las más de las veces con enfoque filológico.⁸ Pizarro y su equipo, al alimentar la discusión sobre la manera en la que se podían acercar a la diversidad de los fenómenos literarios que se sucedían en territorio americano recurren a un marco comparatista. Frente al posicionamiento de las literaturas nacionales que con el paso del tiempo se habían osificado como discurso, el comparatismo permite el reconocimiento de la diversidad dentro de una unidad mayor, así como el rompimiento del concepto “literaturas nacionales”. Aunado a ello, la inserción de Antonio Cándido en el proyecto permitió consolidar cómo es que las diferencias entre la literatura chilena y la argentina, por ejemplo, son de distinta naturaleza a las que se puedan dar entre ellas con la literatura brasileña. Cada una de ellas guarda su personalidad si se le mira de forma individual, pero en la visión de conjunto es indudable que las fronteras políticas y lingüísticas no impiden una interrelación cultural compleja, no lineal y multilingüística. Mientras que previamente la discusión giró en torno a la posición de Hispanoamérica frente a Europa, su postura incide para ampliar la discusión hacia una noción de territorio que desfasa lo lingüístico y las fronteras de los países. La historia literaria latinoamericana había nacido.

Si bien lo latinoamericano no es invención de Pizarro, lo destacable de *América Latina: palabra, literatura y cultura* es que por primera vez el estudio de una “región” deja de lado la semejanza lingüística al historiar la literatura del continente. Es decir, el espacio de la historia literaria no se

⁸ En las primeras páginas del libro *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, la propia Ana Pizarro aclara que: “la acepción de ‘literatura latinoamericana’, desde que Torres Caicedo usara la expresión en la segunda mitad del siglo XIX ha respondido a un concepto de dinámica específica. No fuimos latinoamericanos desde el comienzo, del mismo modo como el nombre y la idea de América fueron entidades separadas y tardaron en constituirse en esta unidad que también progresivamente ha ido incorporando nuevos territorios. La literatura latinoamericana fue primero literatura de la América Hispana; Pedro Henríquez Ureña incorporó al Brasil y la llamó ‘Hispanica’” (p. 23) Pizarro se refiere al libro *Historia de la cultura en la América hispánica*, publicado por Henríquez Ureña en 1947 (México, Fondo de Cultura Económica). En sintonía con este aspecto puede leerse “La historiografía literaria de Pedro Henríquez Ureña: promesa y desafío” de Rafael Gutiérrez Girardot.

corresponde con la frontera geográfica, ni con la lengua hablada, sino que se integra por “zonas culturales” y espacios definidos por lo literario, de ahí que además de Brasil se incluirá el Caribe americano, donde se hablan idiomas diferentes al español y al portugués.

De igual manera, el segundo eje al que se hizo referencia antes pasa por la redefinición de periodos históricos y que ahora son adecuados a la realidad latinoamericana y no dependientes de la forma en que se habían articulado en la literatura española. No se trata solamente de un cambio de nombre, por ejemplo, el volumen titulado “emancipación del discurso” cambia el enfoque de un periodo de cien años como se solía llamar (literatura del siglo XIX, en coincidencia también con la tradición italiana que había construido cortes como el *quattrocento* y el *cinquecento*) y pone en el centro la discusión colonizadora, así como la diversidad de sistemas que conforman lo literario al utilizar *discurso*, un concepto que sin duda rebasa los límites de lo escrito y lo estético y se conecta con lo político. Lo mismo sucede con el primer corte que proponen, al que no le llaman literatura colonial, sino “situación”, con lo cual pueden ingresar las manifestaciones literarias no escritas que eran comunes en este periodo, por ejemplo.

En una entrevista publicada a finales del año 2020, en plena pandemia por el COVID 19, Ana Pizarro recuerda las tres preguntas que animaron esta empresa señera:

¿Qué es América Latina?, ¿cuáles habían sido sus denominaciones?, ¿cuáles sus fronteras? Era preciso contextualizar que había un proceso internacional de luchas por las identidades nacionales de los pueblos coloniales. No había una historia literaria en un sentido amplio. Tampoco una historia de la cultura y eso me impulsó a que era necesario hacer una historia literaria. Después, todo se fue ampliando y fue necesario incluso cambiar el título. Recuerdo que le pregunté a Cándido, que era la persona sabia que yo escuchaba, le dije: qué le parecía si en vez de historia literaria le llamábamos América Latina, palabra, literatura y cultura. (“Una escritora latinoamericanista” 320)

Frente a las historias literarias de cuño hispanoamericano se presenta el esfuerzo latinoamericanista que pone como punto de partida al colonizado y que expande su concepción de lo literario a los sistemas populares y periféricos. Si antaño se solía identificar lo literario como aquello vinculado con la estética y la escritura artística, Pizarro postula:

que existe un sistema ilustrado, que se visibiliza en los libros que compramos en las librerías, y un sistema popular, que es la literatura que produce una Violeta Parra aquí, la literatura de cordel en Brasil, que equivale a lo que aquí era la lira popular, que es una literatura con otra estética, con otra manera de llegar, usando del diseño, de las ilustraciones, para un público más iletrado, a un público que escucha y que no puede leer, pero puede seguir las ilustraciones; y luego las literaturas indígenas a las que hasta ese entonces nadie les daba bolilla. Ahora tendríamos que añadir un cuarto sistema, el de las culturas mediáticas. Este es otro sistema, con medios de comunicación distintos, con otro público, con otras convenciones y con otra estética. (Entrevista con Leandro Urbina 218)

La mejor manera de comprender los alcances de *América Latina: palabra, literatura y cultura* no radica sólo en analizar el resultado, sino en conocer las discusiones que lo antecedieron.

Hacia una historia de la literatura latinoamericana, volumen coordinado por Pizarro, reúne la exposición y el intercambio de ideas entre Antonio Cándido, Antonio Cornejo Polar, Jean Franco, Beatriz Garza Cuarón, Rafael Gutiérrez Girardot, Jacques Leenhardt, Franco Meregalli, Domingo Miliani, Kenneth Ramchand, Roberto Schwarz, Mario Valdés y la propia Pizarro.⁹

Este libro se integra por cinco capítulos que forman la radiografía del recorrido metodológico que siguieron dichos intelectuales para definir la nueva historia literaria por hacer. Arranca con la pregunta sobre qué es el espacio latinoamericano y qué comprende; le sigue la exposición sobre la metodología comparatista; el tercer capítulo revisa los antecedentes y retos de la historiografía literaria latinoamericana; el cuarto los conceptos de literatura nacional, regional y latinoamericana; finalmente, el quinto aborda la relación entre historia y literatura.

Como se entenderá, la primera parte es fundamental. Ana Pizarro inicia con la delimitación del espacio: ¿qué se estudiará al decir literatura latinoamericana? Como bien se sabe, desde 1972 en *América Latina en su*

⁹ Ana Pizarro (coord.), *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México, El Colegio de México-Universidad Simón Bolívar, 1987. En sus propias palabras, el “volumen contiene los materiales de la discusión historiográfica llevada a cabo durante la reunión de expertos titulada Para una historia de la literatura latinoamericana que tuvo lugar en Caracas, Venezuela, entre el 26 y el 29 de noviembre de 1982, con el apoyo de la UNESCO. El proyecto del cual esta reunión cierra la primera etapa forma parte del programa de la Asociación Internacional de Literatura Comparada (AILC) y consiste en la elaboración de una historia de la literatura latinoamericana, desde una perspectiva comparatista y como una empresa de colaboración internacional en la investigación” (p. 7).

literatura,¹⁰ los intelectuales de diversos países expusieron la necesidad de extender la zona de los estudios literarios en la región. Ahí se habló del sustrato indígena, de los registros lingüísticos más allá del español y el portugués, de manifestaciones poco convencionales como la poesía concreta y la antipoesía, la relación entre los *mass media* y la literatura, las particularidades de la oralidad, lo cual sin duda forma parte del mismo contexto que se ha señalado al referir la formación intelectual de Pizarro. Sin embargo, se identifican dos diferencias: la primera es que el volumen coordinado por César Fernández Moreno concentra sus esfuerzos en su momento actual, aunque es cierto que hay capítulos (los menos) sobre la colonia y el siglo XIX, no busca crear una historia literaria, sino que el resultado se orienta más a una radiografía del presente. La otra gran diferencia es que una gran cantidad de los textos que se recogen adoptan una visión convencional sobre la periodización histórica y sobre el abordaje del texto literario desde su dimensión filológica y estética. César Fernández Moreno define el trabajo a partir de cuatro etapas de la expresión literaria, tal como se estudian en *América Latina en su literatura*:

- a) el escritor, su situación en la sociedad, las entidades paraliterarias y extra-literarias a que debe dedicarse por vocación o por necesidad de subsistencia;
- b) el medio social donde vive este escritor y de donde extrae los materiales para su elaboración literaria;
- c) la obra literaria en sí, con un criterio estético, filológico y estructural;
- d) la repercusión de esta obra en sus destinatarios: los hombres en particular y la sociedad en general, analizándose todas las implicaciones socio-económico-políticas de esta última parte del proceso. (p. 16)

Si me he detenido en el libro *América Latina en su literatura* es porque se trata del antecedente más cercano, aunque como puede observarse en el inciso “c”, resulta tangencialmente distinto, al proyecto encabezado por

¹⁰ César Fernández Moreno (coord.), *América Latina en su literatura*. México, Siglo XXI-UNESCO, 1972. En el “Prefacio” se encuentran las bases que animan este volumen, las cuales se remontan a mediados de la década de los sesenta: “La resolución 3,325, adoptada en la decimocuarta reunión de la Conferencia General de la Unesco (París, 1966), autorizó al Director General “a emprender el estudio de las culturas de América Latina en sus expresiones literarias y artísticas, a fin de determinar las características de dichas culturas” y la primera tarea en la investigación fue llevar a cabo una reunión en Lima, Perú (1967), donde se definieran los “límites de la región” (p. 1). Para 1968 se “constituyó la comisión literaria” y se reunió en San José de Costa Rica: Jorge Erique Adoum, Fernando Alegría, Sergio Buarque, George Robert Coulthard, Noé Jitrik, Luis Emilio Soto, José Luis Martínez, Julio Ortega, Augusto Tamayo Vargas, José Antonio Portuondo, Ángel Rama y Emir Rodríguez Monegal. Fueron ellos los que recomendaron la lista de autores de los capítulos (p. 14-15).

Ana Pizarro. Tal como lo habíamos señalado, el primer capítulo de *Hacia una historia de la literatura latinoamericana* expone en un brevísimo texto los problemas sobre los cuales se discutirá la literatura latinoamericana en su dimensión temporal: aparece la crítica a la unidad lingüística del español, pues ahí se reconoce la integración del portugués y de otras lenguas que se hablan en el Caribe, pero también se desliza la urgente necesidad de abordar las lenguas indígenas, por ejemplo; se refiere también al elemento geográfico, en el que las manifestaciones de los chicanos, la de los miles de hispanos en territorio estadounidense o la escrita por exiliados y publicada fuera del continente, complejizan este criterio; en tercer término está la demarcación política del concepto “literatura latinoamericana”, vinculado con el oficializado por organismos internacionales y que se inserta en las tareas de regionalización que lleva a cabo la Organización de Naciones Unidas después de la Segunda Guerra Mundial (*Hacia una historia* 23-25). Un cuarto aspecto que señala Pizarro es la categoría de “literatura”, aplicada a textos muy diversos, entre los que pueden incluirse ahora “expresiones de la oralidad que en otros continentes se remiten al folklore, entendido éste como cultura popular tradicional en desuso” (25).

Atrás quedaron las historias literarias de tendencia positivista donde los fenómenos debían ajustarse a cortes temporales casi siempre políticos e históricos en las que el éxito dependía de aspirar a consignarlo todo (nombres, biografía, obras y géneros literarios publicados en un país, durante un periodo concreto).¹¹

Lo anterior explica que previamente a las discusiones de *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*, la forma en la que se pensaba la historia literaria se ceñía a comentar críticamente a los grandes autores,

¹¹ Del mismo modo, como lo refiere Luis Beltrán Almería, se transitó de un proceder *horizontal* a uno *vertical*. La tendencia horizontal se caracteriza porque el historiador era un erudito de la época, de la cultura y de la biografía del autor, y cuyo reto consistía en explicar la obra a partir del conocimiento de la personalidad de su creador: la historia literaria se entendía como una actividad dependiente de la historia. De esta postura se migró a una tendencia *vertical*, en la que la obra literaria ya no se examina desde el culturalismo, sino desde el esteticismo. Esta perspectiva vertical pone en juego ya no el valor documental de la literatura, sino su carácter *monumental*: es decir, a su lectura se suman las diferentes capas históricas le han añadido significado, así que no basta con ser especialista en la cultura medieval para explicar al Mío Cid; al acercarse al texto literario como “monumento” el crítico y el historiador se alejan de lo político y social, para concentrarse en lo estético. Como se puede colegir, la tendencia vertical no coincide plenamente con lo hecho por Pizarro, pero da una buena idea del alejamiento de un proceder que se reconoce caduco. Luis Beltrán Almería, “Horizontalidad y verticalidad en la historia literaria”, en Romero Tobar, Leonardo (edit.), *Historia literaria / Historia de la literatura*. Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.

los periodos más relevantes, las obras cimeras desde un filtro de *Les Belles Lettres*. Ana Pizarro y colaboradores reaccionan frente a ello al proponer un acercamiento en el que la historia de la literatura no se limite a comentar a los grandes clásicos, sino que también aborde los sistemas literarios periféricos, populares y orales que no se habían tomado en cuenta hasta ese momento en Latinoamérica.¹²

Las décadas de 1960 y 1970 representan ese momento de cambio en la obra literaria. La “tardía modernidad latinoamericana” tal como ella la refiere, “ha significado, para nuestra definición disciplinaria, una serie de transformaciones que tienen que ver centralmente con un cambio epistemológico en el objeto de estudio y, por lo tanto, en las perspectivas y métodos de asedio. (*El sur y los trópicos* 28). Así lo expresa la profesora chilena en el capítulo titulado “¿Diseñar la historia literaria hoy?”, de *El sur y los trópicos* –volumen publicado con posterioridad, pero en sintonía directa con su trabajo investigativo– al referirse al modo en que se acercaron a estas manifestaciones literarias en su proyecto: “no llamaríamos a nuestro objeto de estudio «historia literaria». Desde ya, no sería un recuento cronológico con tendencia a la exhaustividad, sino una indagación sobre temas, tendencias –a veces autores– y problemas” (45).¹³

Un segundo seminario de trabajo se llevó a cabo en 1983, en la Universidad de Campinas, Brasil, y fruto de ello es el libro *La literatura latinoamericana como proceso*, en el que se continúa la reflexión en torno a la periodización de las producciones literarias, las implicaciones de la integración de dichas producciones latinoamericanas como problema historiográfico y la perspectiva social que cobija al proyecto. Es así que para esas fechas “la crisis del paradigma tradicional” se vuelve más evidente, lo que conllevará nuevas vías de acercamiento al fenómeno literario ahora en su sentido amplio.¹⁴

¹² Una discusión mucho más cabal de lo que aquí he sintetizado apresuradamente sobre el siglo XIX puede encontrarse en Beatriz González-Stephan, *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*.

¹³ Más adelante, Pizarro sintetiza: “Pero la crisis del paradigma tradicional de la escritura de la historia y la apertura de nuevos problemas de fuentes, de método, de explicación, la diferencia que significa la historia vista «desde abajo» y la pluralidad de campos que se abren con su fragmentación: la historia de la vida cotidiana, del vestuario, de la cultura material, de las mujeres, etc., así como la transformación democratizante que significa el paso de la historia intelectual a la de las mentalidades y a la historia cultural, constituyen un proceso que se da en paralelo con la transformación de perspectivas de la historiografía literaria en el continente. Estamos hablando de la transformación de los años 70-80” (*El sur y los trópicos* 45-46).

¹⁴ En estos mismos años, el cubano Roberto Fernández Retamar agrupó en un libro titulado

Aunque los tres volúmenes de *América Latina: palabra literatura y cultura* se publicaron entre 1993 y 1995, las reflexiones de Ana Pizarro en torno al tema de la historización de las literaturas latinoamericanas no terminan ahí. Una década más tarde propone pensar a la región latinoamericana mediante el reconocimiento de sus diferencias. Para ello, recurre al término “heteronimia” y al de áreas y zonas culturales (“Áreas culturales en la modernidad tardía”).¹⁵ En sus propias palabras: “la heteronimia latinoamericana hace evidente, pues, que el discurso de esta cultura prolifera en el espesor de sus varias áreas. Cada una de ellas es América Latina, pero al mismo tiempo no lo es aisladamente”.¹⁶

En otro sentido, la heteronimia refiere a la búsqueda de la identidad y es un concepto que permite complejizar esa visión limitada de la historia literaria que no atendía los procesos previos o la particularidad sociocultural de las poblaciones estudiadas. Son muy claros sus alcances cuando Pizarro expone, por ejemplo:

Que el Caribe se adscriba a una cultura latinoamericana, y se integre por otra parte a un conjunto de sesgo propiamente caribeño o a veces parcialmente metropolitano. Esta heteronimia hace que un indígena pemón de la selva amazónica poco tenga que ver con un descendiente de la inmigración italiana de Buenos Aires, pero que sin embargo estén articulados por patrones vinculantes, a veces rizomáticos, a veces en base a una matriz centralizada, pero perfilados en historias de diseño relacional. (*El sur y los trópicos* 24)

Alberto Caeiro, Álvaro de Campos, Bernardo Soares y Ricardo Reis no son Pessoa, “Fernando Pessoa es él y es cada uno de los otros, es él y todos los demás y al mismo tiempo cada uno de ellos constituye una

Para una teoría de la literatura hispanoamericana (La Habana: Casa de las Américas, 1975) algunos textos publicados por separado. En ese volumen se puede notar cómo pervive un pensamiento hispanoamericanista en la literatura, pero cómo también se asoma claramente el interés latinoamericanista en los autores citados; pueden verse los capítulos “Para una teoría de la literatura hispanoamericana” y “Algunos problemas teóricos de la literatura hispanoamericana” que se vinculan con la discusión que aquí abordamos.

¹⁵ Cabe aclarar que no necesariamente se refiere a extensiones de tierra conectadas, es decir, regiones geográficas en contacto, sino a estructuras similares. Una “zona cultural” puede ser la de los chicanos en Estados Unidos o las grandes planicies del continente, como sucede en el centro de México, el sertón brasileño y la sabana venezolana.

¹⁶ “En el intento de entender el complejo juego de aproximaciones y desvíos internos que anima la vida de nuestra cultura latinoamericana, entendida siempre como desarrollo propio de formaciones que emergen y adquieren su perfil en condiciones de periferia, quiero proponer una metáfora. Es la metáfora de la heteronimia”. Ana Pizarro, “Hispanoamérica y Brasil: Encuentros, desencuentros, vacíos”. *Acta literaria*, 2004, núm. 29, p. 106.

personalidad, un discurso individual y diferente del otro. Pero son al mismo tiempo Fernando Pessoa” (106). El mismo fenómeno puede entenderse si lo trasladamos al campo de la literatura. En su individualidad, las diversas literaturas no son por sí mismas representativas, pero al mismo tiempo, el “continente” integra la coexistencia de proyectos comunes o divergentes, canónicos y opacados. En consecuencia, si Pizarro identificó lo conflictivo que resulta la unidad / diversidad de la literatura latinoamericana como conjunto, también se detuvo a examinar cómo dentro del amplio territorio se reconocen regiones concretas que se conectan culturalmente y que no son equivalentes a las fronteras políticas (países) o al registro lingüístico (literatura en lengua española frente a la portuguesa, por ejemplo). El río Amazonas, por mencionar un caso, sirve de puente entre comunidades diversas que no necesariamente poseen unidad política ni comparten usos lingüísticos, pero cuyo contacto se evidencia en los intereses y obras producidas a lo largo de un espacio: esta “zona cultural” no podría estudiarse con plenitud dentro de una historia de la literatura de orientación nacional, por ejemplo.

Como hemos visto, la labor llevada a cabo por Ana Pizarro ha tenido múltiples alcances y frutos palpables en la manera de asumir nuestra relación con la literatura latinoamericana y su desarrollo histórico. No se trata, tal como lo he puntualizado, de una labor aislada ni mucho menos de un camino agotado. Pensar nuestro pasado requiere de comprender el presente, y estos años son ya distintos a los que marcaron el inicio de la aventura intelectual que hemos reseñado. Si tuviera que concluir cuáles fueron los cambios que el trabajo de la investigadora chilena ayudó a cambiar, diría que Pizarro contribuyó a ensanchar la estructuración de los estudios literarios que apela a la interpretación como tarea final, cúspide, de todo acercamiento al texto literario; el reconocimiento de la individualidad de las literaturas de los países y de las distintas zonas culturales que integran la región se advierte ahora más palpable; Pizarro nos aleja de la postura que pontificaba en torno a cuáles obras son las mejores y que deben ser fijadas en la historia literaria, al tiempo que privilegia el diálogo que se establece entre una y otra, aspecto que ella identifica como un proceso dinámico que rebasa las fronteras políticas y los géneros literarios (véase: *La literatura latinoamericana como proceso*); finalmente, se deja atrás la mirada textológica y se incluyen manifestaciones no necesariamente

escritas, gracias a la integración de las lenguas indígenas a la par de las lenguas de origen latino. En sus palabras:

Nos interesa ahora precisar que la opción de una historia de la literatura latinoamericana es para nosotros lograr aprehender conceptualmente la historia del discurso literario en el lento transcurso de su constitución: en su proceso de formación, de emancipación de los modelos coloniales, en su pausada definición de identidad, en la asunción de sí mismo, que es el modo como delimita un espacio propio, como busca su expresión, como constituye alternativamente su palabra, el modo como se integra a la modernidad; como se origina un discurso literario que busca su expresión propia en el tiempo extendido de la vida de nuestras sociedades, en el tiempo largo en que se constituye una cultura, en el que las permanencias de una sociedad la consolidan en civilización. (“Problemas historiográficos de nuestras literaturas: discurso literario y modernidad” 72)

Referencias

- Beltrán Almería, Luis. “Horizontalidad y verticalidad en la historia literaria”. En *Historia literaria/Historia de la literatura*. Edit. Leonardo Romero Tobar. Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004.
- Fernández Moreno, César (coord.). *América Latina en su literatura*. México: Siglo XXI-UNESCO, 1972.
- González-Stephan, Beatriz. *Fundaciones: canon, historia y cultura nacional. La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. Madrid: Iberoamericana, 2002.
- Gutiérrez Girardot, Rafael. *Cuestiones*. México: FCE, 1994.
- Pizarro, Ana. *Huidobro et la France* (Tesis). París: Université de Paris, 1968.
- . *La literatura latinoamericana como proceso*. Buenos Aires: Bibliotecas Universitarias Centro Editor de América Latina, 1985.
- . “Problemas historiográficos de nuestras literaturas: discurso literario y modernidad”. *Revista de Literaturas Modernas*, 1987, año V, tomo I, 69-82.
- . et al. *Hacia una historia de la literatura latinoamericana*. México: El Colegio de México/Universidad Simón Bolívar, 1987.
- . (coord.). *América Latina: palavra, literatura e cultura, Volumen I: A situação colonial*. São Paulo: Memorial de América Latina/ Editora da Unicamp, 1993.
- . (coord.). *América Latina: palavra, literatura e cultura. Volumen II: Emancipação do discurso*. São Paulo, Memorial de América Latina/ Editora da Unicamp, 1994.
- . (coord.). *América Latina: palavra, literatura e cultura, Volumen III: Vanguardia e modernidade*. São Paulo: Memorial de América Latina/ Editora da Unicamp, 1995.

-
- . “Áreas culturales en la modernidad tardía”. *Via atlántica*, 2003, núm. 6, 167-168. Santiago de Chile: Universidad de Chile.
- . *El Sur y los Trópicos. Ensayos de cultura latinoamericana*. Madrid: Cuadernos de América sin nombre, 2004.
- . “Hispanoamérica y Brasil: Encuentros, desencuentros, vacíos”. *Acta literaria*, 2004, núm. 29, 105-120. <https://dx.doi.org/10.4067/S0717-68482004002900007>
- . *El conocimiento como búsqueda*. Centro de Estudios de Literatura Chilena (Celich), Facultad de Letras de la Universidad Católica de Chile, 26 de octubre del 2012. <https://youtu.be/UgYiiOtwYKY>
- Urbina, José Leandro. “Ana Pizarro: la reina del Amazonas”, *Pléyade* 24, julio-diciembre 2019, 215-225. https://www.revistapleyade.cl/wp-content/uploads/10.-Ana-Pizarro_Uribina.pdf
- Vidaurrezaga Manríquez, Ignacio. “Una escritora latinoamericanista. Entrevista a Ana Pizarro”, *Atenea*, 522, 2020, p. 320. <https://www.scielo.cl/pdf/atenea/n522/0718-0462-atenea-522-315.pdf>